

ELENA

Poniatowska

De corazón, Elena

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR | LITERATURA

De corazón, Elena



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Ivett Tinoco García
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Ivett Tinoco García
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras



Universidad Autónoma
del Estado de México

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Álvarez
Director de Publicaciones Universitarias

De corazón, Elena

ELENA PONIATOWSKA

COLECCIÓN

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR



De corazón, Elena

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Elena Poniatowska, por textos
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria
www.schavelzongraham.com

© Beatriz Diana Zalce de Guerriff, por la introducción

ISBN (colección GEM): 978-607-5910-17-8

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-846-9

ISBN (GEM): 978-607-5910-23-9

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-852-0

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/68/23

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diagramación y formación: José Martínez Macedo
Diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas
Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández y Jessica Lizbeth Ruiz Gómez

Hecho en México / *Made in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Gracias, Elena, gracias Elenita, gracias Elenísima

À Minou

Hace muchos años, en un país lejano, nació una niña a la que le pusieron los nombres de sus abuelas y de su mamá: Hélène Elizabeth Louise Amélie Paula Dolores. Y a la que muchos llaman Elena, Elenita, Elenísima o simplemente La Poni. Nació cuando el siglo xx tenía apenas treinta y dos años; es decir, en 1932, un 19 de mayo, en París, Francia. Sin embargo, en muchas antologías y diccionarios se consigna que Elena Poniatowska Amor nació en 1933, y esto es porque al crítico literario Emmanuel Carballo se le ocurrió quitarle un añito para acentuar la precocidad de su talento.

A Elena la alcurnia le viene por el lado paterno: hija de Jean Évremond Poniatowski Sperry, descendiente del último rey de Polonia, tiene derecho a ser llamada princesa. Su mamá, Paula Amor Iturbe, pertenecía a las familias mexicanas de más abolengo. De ahí la sangre azul y la nobleza.

En la década de los treinta, el mundo parecía dar tumbos: después de la *Belle Époque* vino la Primera Guerra Mundial; una gran crisis económica acabó con los Locos Veinte. Francia pasó del bienestar a la escasez. En Alemania nunca se había visto tanto desempleo; Hitler se presentó como candidato, aunque no llegó a la presidencia en ese momento. En India, los británicos arrestaron al abogado y político promotor de la no violencia activa, Mahatma Gandhi. El papa Pío XI recibió al fascista Benito Mussolini con todos los honores, pues cumplía diez años en el poder.

En las artes había creatividad, efervescente búsqueda. El surrealismo y el *art déco* estaban en su apogeo. Pablo Picasso se

perfilaba como uno de los artistas más importantes del siglo xx. Aldous Huxley publicó *Un mundo feliz* y Agatha Christie sacaba un libro tras otro.

En México se hablaba de los Tres Grandes del muralismo: José Clemente Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros. Los tres con el pueblo en los ojos. Frida Kahlo aún no figuraba, aunque hiciera sus autorretratos pensando en Diego o vestida de tehuana. Por su parte, Serguéi Eisenstein, criticado, censurado y perseguido, filmaba *¡Que viva México!* Silvestre Revueltas dirigía la orquesta del Conservatorio Nacional, era subdirector de la Sinfónica Nacional, profesor de violín y, en sus ratos libres, componía cuartetos para cuerdas. Aunque menor de edad, su hermano José estaba preso en las Islas Marías acusado de comunismo. Los Contemporáneos cimbraban la literatura y las artes.

Alemania invadió Polonia el 1 de septiembre de 1939 y, dos días después, Francia e Inglaterra le declararon la guerra. Elena tenía siete años y su hermana, Kitzia, seis. Paulette quería proteger a su familia lo más posible. Unas semanas antes, los Poniatowski Amor habían dejado París para instalarse en Vouvray, cerca del río Loira. Eran vecinos del músico Francis Poulenc, al que visitaban con frecuencia. Él, impresionado por la sensibilidad musical de Elena, le dedicó la partitura de un pequeño vals.

Habitaban una hermosa casa; fue necesario pintar los vidrios de las ventanas de azul marino para poder prender luces en la noche sin señalar su presencia a los aviones alemanes y a los bombarderos. Una noche, Jean —o Johnny, como se le decía afectuosamente— prendió la chimenea, a pesar del racionamiento del carbón y la leña, y se sentó a mirar el fuego con sus hijas sentadas juntito a él. Al día siguiente, cuando ellas despertaron, él se había ido a la guerra, movilizado en la Tercera División Ligera de Caballería.

Muy poco después, Paula Amor instaló a sus hijas en casa de sus suegros al sur de Francia y se fue. Se fue con el uniforme

de guerra puesto, se fue a París a manejar una ambulancia de la Section Sanitaire Automobile Féminine SSA que pertenecía a la Cruz Roja.

Las niñas no iban a la escuela: su abuelo se encargaba de su educación. Kitzia hizo tantos berrinches que el abuelo prefirió concentrarse en Elena. Para ella era un privilegio y un martirio. Privilegio porque su abuelo le ponía atención y martirio porque no le quería quedar mal: lectura y gramática no se le dificultaban, pero los problemas de matemáticas le quebraban la cabeza. Sin embargo, parece que definieron su temprana vocación de entrevistadora.

Elenísima le contó a Esteban Ascencio para el libro *Me lo dijo Elena Poniatowska*:

Si un campo rectangular mide, no sé, 12 metros de ancho y 40 de largo, ¿cuántos árboles se necesitan sembrar para bardearlo si cada árbol se siembra a metro y medio de distancia? Para mí era algo terrible. Corría yo a buscar al cocinero, la recamarera, la planchadora, los jardineros, los ayudantes de los jardineros, y nadie sabía la respuesta.

En la mesa del príncipe André Poniatowski y de Elizabeth Sperry, Elena y Kitzia no tenían permiso de hablar. Ya bastante privilegiadas eran al sentarse a comer en la misma mesa con sus abuelos y tenían que demostrar cada día sus buenas maneras. Elena se entretenía escuchando la conversación de los adultos, lo registraba todo. En una ocasión, le sirvieron un trozo de carne y no pudo pedir, ni por favor, que se lo cortaran y se quedó con hambre.

La guerra no parecía tener fin y cada vez era más difícil de sobrellevar. La Línea Maginot no sirvió de nada, el 14 de junio los nazis tomaron París y desfilaron a paso de ganso bajo el Arco de Triunfo. Se anexaron Alsacia y Lorena y fueron invadiendo Francia. Johnny prestaba sus servicios tanto al ejército francés como al estadounidense, pues tenía las dos nacionalidades. Paulette

cumplía con arriesgadas misiones. Ambos decidieron que lo mejor era que ella y las niñas se fueran a México por un tiempo.

Elizabeth Sperry, la abuela paterna, se oponía. A Elena y Kitzia les enseñaba revistas tipo *National Geographic* donde había mujeres negras, de labios platonudos y pechos que les colgaban hasta la cintura y les decía que eso era México. Quizás presentía que no las volvería a ver... André Poniatowski le escribió una carta a su nuera en términos muy enérgicos. Pero la decisión ya estaba tomada.

Johnny Poniatowski pidió un permiso para viajar al sur de Francia y poderse despedir de su mujer y sus hijas. Era mayo de 1942. En el andén se abrazaron, se bendijeron antes de decirse *au revoir*, un hasta la vista más lleno de esperanza que de certeza. El tren las llevó a España, de donde zarparía El Marqués de Comillas que las dejó en Cuba. De ahí tomaron un avioncito bimotor mal presurizado que las trajo a México, donde fueron recibidas y abrazadas por Hélène Iturbe, madre de Paulette.

Elena acababa de cumplir nueve años y descubrió a su abuela materna, Mamigrand, tan diferente de su abuela Beth: “Tenía los labios y las uñas pintadas de rojo, la cara muy blanca, un vestido zancón y un sombrero, así de lado”, le comentó a quien esto escribe. Mamigrand vivía en la calle Berlín, en una casa que parecía castillito gótico, donde reinaba la luz entre los muebles y objetos antiguos, de muy buen gusto. Tenía muchos perros, hay quien dice que eran treinta. Habían sido recogidos de la calle, enfermos, lastimados, sarnosos, y ahora lucían abrigo de tela escocesa y ostentaban nombre de óperas.

Todo maravillaba a Elena: la ciudad que en ese entonces era muy bonita, muy a escala humana y caminable, las naranjas del mercado que le parecían pequeños soles, la gente de a pie, las quesadillas de flor de calabaza. Le gustaba que le dijeran “güerita esto, güerita lo otro”. Ya ni le importaba ser más bajita que su hermana menor. Iba a la escuela, tomaba clases de piano, de ballet, de

inglés, de francés “para que no se le olvidara”. Tenía una nana que ha sido una de las personas más importantes a lo largo de su vida: Magda Castillo. Ella le enseñó a hablar español. Con ella iba a misa, pero sobre todo al cine.

Era costumbre entonces que antes de la película pasaran noticieros. Aún no concluía la guerra. Elena miraba, abría grande sus ojos azules y buscaba a su papá en la pantalla, creía reconocerlo en los rostros cansados, en los cuerpos tirados después de una explosión. Unos días después de la muerte de su padre, Elena escribió para la revista *Comunidad Conacyt*, en agosto de 1978:

Siempre vi a mi papá en la línea de fuego, siempre lo vi recortado sobre la bruma gris de los campos de batalla, siempre me dio la espalda en la pantalla, parado en una trinchera, tirado de panza, atento a una batalla para mí incomprendible. Lo perseguí en todos los noticieros, con el corazón en la garganta, diciéndome segundo tras segundo: sí, era él, sí, sí, ése era su bigote.

Entre tanto él se había unido a las fuerzas de la Resistencia, de la Francia Libre, con el general Charles de Gaulle. Atravesó clandestinamente los Pirineos, conoció el hambre, el frío, el agotamiento. Estuvo preso en un campo de concentración en Jaca, cerca de Zaragoza. Supo lo que era tener la cabeza llena de piojos y que por gritar “¡viva salop!” en lugar de “¡viva Franco!” lo pusieran a limpiar letrinas atascadas.

En cuanto alcanzó su libertad participó en la campaña de África, en la de Italia. Trataba de mantener en alto la moral de sus hombres. Estuvo en Monte Cassino y desembarcó con el general George Patton en Pamplonne, cuando otros hacían lo propio en Normandía, en el histórico Día D. Fue paracaidista y treinta y nueve veces se introdujo en las líneas enemigas.

Por sus méritos durante la Segunda Guerra Mundial, en la que salvó muchas vidas y no se llevó la de nadie, obtuvo la Legion

of Merit, el Purple Heart, la Légion Française a título militar y la Médaille des Évadés.

Seis años duró la guerra, seis años la separación de la familia Poniatowski Amor. Años de esperar todos los días cartas escritas con una letra menudita para que le cupieran más palabras al papel. Años de tener el corazón en vilo. De un lado y otro del océano.

Él volvió de la guerra como se fue: con su uniforme militar puesto. Besó a sus hijas, niñas grandes, niñas adolescentes. Besó a su mujer. Puso su cuchara de madera, con la que comía el rancho que le daban en la cárcel de Jaca, sobre su mesita de noche. Él, Jean Évremont Poniatowski, al igual que su hija mayor, podía agradecerle a Paulette haberle regalado un país: México. Pero no logró posar nunca su angustia, ésa que se alborotaba cuando escuchaba el aullido de una sirena durante la noche o los cohetes lanzados así nomás, para celebrar una fiesta patronal. Murió de una embolia la noche del viernes 28 de julio de 1978, a las once de la noche. Tenía setenta años.

Para entonces la pequeña Hélène se había convertido en Elena, periodista y escritora. En 1954 tiene a su primer hijo y a su primer libro, *Lilus Kikus*, donde cuenta las andanzas de una niña que se le parece. Sus ojos azules miran con asombro y curiosidad cuanto la rodea y ambas tienen siempre las preguntas a flor de piel.

Juan Rulfo lo prologó:

Lilus era también endiabladamente inquieta: corría a preguntarle al filósofo si él era el dueño de las lagartijas que tomaban el sol afuera de su ventana [...] También divagaba en cómo hacerle a Dios un nido en su alma sin cometer adulterio e investigaba con su criada Ocotlana de qué tamaño y sabor eran los besos que le daba su novio [...] Todo en este libro es mágico y está lleno de olas de mar o de amor como el tornasol que sólo se encuentra, tan sólo, en los ojos de los niños.

Jovencita, jovencitita, Elena empezó a escribir en *Excelsior*. Una entrevista diaria. Luego se pasó a *Novedades*, donde, además, colaboraba en *México en la Cultura*, el mejor suplemento cultural, dirigido por Fernando Benítez. Siguió haciendo una entrevista diaria. Un día a Alfonso Reyes, otro a Luis Buñuel, otro más a Diego Rivera, luego a Alfonso Caso y a Carlos Pellicer, pero también a Juan Rulfo, a Carlos Chávez, a David Alfaro Siqueiros, a Amalia Rodríguez, a María Félix y, por supuesto, a Dolores del Río. No faltó una al general Lázaro Cárdenas. Le costó trabajo, pero también entrevistó al escritor francés François Mauriac que no se dejaba. A todo México y a sus alrededores.

Y si Elena escribe sin descanso, México tampoco se está quieto. En 1958 inicia el movimiento ferrocarrilero. Demetrio Vallejo y Valentín Campa, sus líderes, son encarcelados en el Palacio Negro de Lecumberri. Elena los visita y entrevista en muchas ocasiones. Tiempo después, años después, escribirá un cuento (*Métase mi prieta, entre el durmiente y el silbatazo*) y luego el libro *El tren pasa primero*. Sigue el movimiento médico de 1964 que fue duramente reprimido; un año antes Elena publicó *Todo empezó el domingo*, con dibujos de Alberto Beltrán.

A mediados de 1968 es mamá por segunda vez. Combina la vida de familia con su trabajo periodístico y se da tiempo para ir todos los miércoles a platicar, a entrevistar a la aguerrida y retobada Josefina Bórquez, a la que llama Jesusa Palancares en el libro que está preparando, *Hasta no verte, Jesús mío*, por el que recibirá el Premio Mazatlán de Literatura el mismo año en que es madre por tercera ocasión. Acompaña a los estudiantes del Consejo Nacional de Huelga (CNH) a algunas marchas. Con toda naturalidad traba amistad con ellos. Empieza a entrevistarlos. Muchos de sus artículos —a ella así le gusta llamarlos— son censurados como se hacía entonces: con tijeras se cortaba el párrafo o la frase o la palabra “que no se iba a publicar” y se le entregaba. Poniatowska fue guardando los retazos en un cajón.

Tarde en la noche del 2 de octubre la fueron a buscar a su casa. Repetían lo mismo: “¡Están matando gente en Tlatelolco!”. Elena fue al día siguiente, muy temprano y se encontró un paisaje de guerra. Sangre por todos lados, orificios de bala en las paredes, en las puertas, en los elevadores, ventanas rotas. Quizás lo que más la impresionó fue la cantidad de zapatos tirados, abandonados en la huida, pisoteados. Ahí mismo empezó a hacer entrevistas. La gente tenía miedo, no quería ni dar su nombre. Poniatowska se organizó para ir cada domingo a Lecumberri para entrevistar a los estudiantes y maestros presos. La ayuda del líder estudiantil Raúl Álvarez Garín fue determinante. Elena dice que sin él no existiría el que considera su libro más entrañable.

La noche de Tlatelolco marcó un antes y un después en la vida de Elena, también en la sociedad y en el país. Sin embargo, el único que se atrevió a escribir una reseña fue José Emilio Pacheco, nadie más. En 1971 Elena rechazó el Premio “Xavier Villaurrutia” a través de una carta publicada en *Excélsior* y que le fue censurada. En ella preguntaba quién iba a premiar a los muertos. Con ese rechazo mantiene la vigencia de la indignación, el expediente abierto. Es la semilla del grito “¡dos de octubre, no se olvida! ¡Dos de octubre es de lucha combativa!”.

Johnny Poniatowski todavía la ve ir cada jueves a dar clase al taller literario en casa de Alicia Trueba. Siempre generosa, Elena comparte sus experiencias, disfruta la docencia, hace amistades para toda la vida mientras forma escritoras como Rosa Nissan, Guadalupe Loaeza y Silvia Molina. En 1976 con Alaíde Foppa, Margarita García Flores, Marta Lamas, Elena Urrutia y Martha Acevedo, entre otras, da vida a la revista *Fem*, que analiza y difunde la situación de las mujeres.

En 1978 es la primera mujer en recibir el Premio Nacional de Periodismo en el género Entrevista. Unas semanas después Jean Poniatowski muere. En *Comunidad Conacyt* escribió:

Al morir mi padre se llevó mis piernas de niña, mi cabeza y mi corazón. Se llevó palabras que sólo eran de él, cuentos que sin él ya no tienen sentido, situaciones compartidas, chistes que hacían que nos botáramos de la risa sin que nadie entendiera porqué, miradas de lado.

De Gaulle en Minería forma parte de los veintiún cuentos del libro *De noche vienes* que Elena publica al año siguiente, en 1979. Es un homenaje a su padre. En *Hojas de papel volando* (2014) aparece nuevamente esta historia, pero con dedicatoria a su padre.

Inclinada sobre su máquina de escribir, tecléo a toda velocidad ese relato de no ficción: vuelve a ser la niña que busca a su papá en los noticiarios del cine. Escribe para que la palabra “fin” no sea la última. Vuelve a ser la joven que acompaña a sus padres a la recepción que se le dio al general Charles de Gaulle en Minería. Es la escritora con tablas, la que tiene mil miradas en los ojos y un corazón que sabe escucharlo todo; no se le escapa nada. Es la periodista que consulta el diario de guerra de su padre para entregarnos ¿un cuento?, ¿una crónica?, ¿una de las mejores piezas de Nuevo Periodismo, como se decía entonces, o de Periodismo Narrativo, como se dice ahora?

¿*De Gaulle en Minería* es un cuento? Sí. Con todas las de la ley. Tiene planteamiento, nudo y desenlace. En este caso, está basado en hechos reales. Son pocos los protagonistas. Como todo cuento que se respete —Julio Cortázar *dixit*— gana por *knock out*. Y sí: nos deja noqueados, sin saber qué decir, con ganas de que las cosas no sean así, que el personaje no sea tratado así, como si fuera del montón, aunque es uno en una multitud. Sucede que con él ya nos encariñamos, lo hemos acompañado en situaciones tan humanas, tan límite que queremos abrazarlo. Pero el final es el final y ni modos.

¿*De Gaulle en Minería* es una crónica periodística? Sí. Con todas las de la ley. Porque es un relato minucioso, va presentando una secuencia de hechos. En este caso nos cuenta cómo se dieron

los acontecimientos y recrea atmósferas. Nos cuenta lo que le sucede al personaje, lo sitúa en una geografía, en un paisaje, en determinados momentos. Contesta las preguntas de todo ejercicio periodístico: qué, quién, cuándo, dónde y, sobre todo, cómo, cómo se fueron dando las cosas...

El general Charles de Gaulle salió del aeropuerto de Orly con su comitiva y llegó a Mérida, Yucatán, el 16 de marzo de 1964. De ahí tomó un avión que lo trajo al Aeropuerto "Benito Juárez" de Ciudad de México, donde fue recibido por el presidente Adolfo López Mateos. Más de un millón de personas se congregaron para verlo pasar, para saludarlo de lejitos, para aventarle papel picado azul, blanco, rojo, símbolos de la libertad, la igualdad y la fraternidad. La emoción era mucha: "De-gol, de-gol, de-gol, ge-ne-ral, ge-ne-ral". Fue el primer presidente francés en visitar nuestro país, porque fue, es y será el gran héroe de la Resistencia. Para garantizar que todo saliera "divino divino", como se decía entonces, a los luchadores sociales se les metió a la cárcel: no fueran a poner desorden, no se lucieran ahora que había tan distinguida visita. Ya los sacarían cuando él se fuera...

Desde el balcón de Palacio Nacional, de Gaulle, primer mandatario extranjero en hablar desde ahí, pronunció un breve discurso en español, en buen español, no perfecto, pero sí en español: "He aquí lo que el pueblo francés propone al pueblo mexicano: marchemos la mano en la mano. ¡Viva México!".

Los siguientes tres días se lo trajeron del tingo al tango: visitó y dejó una ofrenda floral en el Ángel de la Independencia. En Ciudad Universitaria los estudiantes, de costumbre irreverentes, rompieron el protocolo para abrazarlo, así nomás para abrazarlo, para manifestarle su respeto y admiración. En la Villa le rezó a la Virgen de todos los mexicanos a la que conocía bien porque hay una réplica en la catedral de Notre Dame, en París. Estuvo en Bellas Artes. Recorrió la recién inaugurada Unidad Habitacional Independencia. En el Liceo Francés una pequeña *doudoune* exclamó:

“Il est grand, le Monsieur”, asombrada por los casi dos metros de estatura del presidente galo. A él lo asombró Teotihuacán.

Poniatowska centra su relato en la recepción de más de mil quinientas personas en el Palacio de Minería. Hace una crónica pendular: va de los recuerdos del capitán Jean Poniatowski en la batalla de Monte Cassino —una de las más cruentas de la Segunda Guerra Mundial, que duró de enero a mayo de 1944— al Palacio de Minería, como si no hubiera veinte años de por medio. Va del pasado a ese presente sin transición, sin un cambio tipográfico que lo indique, a veces sin siquiera un punto y aparte. Va de los recuerdos más íntimos al bullicio en Minería. Historia y frivolidad se codean. ¿Lograrán infiltrarse en las filas del enemigo? ¿Servirán crepas de huitlacoche?

Recordemos que Elena se inició en las páginas de sociales del *Excélsior*. La mandaban a reportear bodas y primeras comuniones. Destacó por su manera de ver y describir lo trivial y repetitivo sin dejar títere con cabeza. A esa joven Hélène —que a veces firmaba sus crónicas como Anele, su nombre al revés— se le suma la Elena que tiene pleno dominio del oficio periodístico y literario. Ahí está la acuciosa revisión de documentos familiares, los recuerdos reconstruidos minuciosamente, los fragmentos de conversación; ahí están las cartas que tardaban en llegar, los diarios que se escribían de noche para mitigar tristezas y soledades.

Pasa de las nubes sobre la destruida abadía de Cassino a las nubes que, junto con claveles y pinceles, adornan las mesas del banquete. Elenísima escribe que ahí está Jaime Torres Bodet diciéndole a Jean Poniatowski:

¡Qué bien se ve! Para usted ha de ser un gran día, capitán, porque usted conoció de cerca al señor general De Gaulle; según entiendo, estuvo entre los primeros en irlo a alcanzar a África, peleó a su lado. Así es de que ésta es una espléndida oportunidad para saludarlo de nuevo.

Seguramente, quedó registrado el menú que le sirvieron a De Gaulle y a los mil quinientos invitados a la recepción en el Palacio de Minería. Una sopa de hongos o crema de aguacate o de piñones pudo anteceder al mole de pollo o “pollo en salsa de chocolate” como se le tradujo/explicó el nombre del guisado al general. Pero en casa de la abuela del personaje del cuento *El corazón de la alcachofa*, una vez por semana, se servía de entrada alcachofas. Una alcachofa grande para cada quien. Una alcachofa que se iba deshojando como una margarita. Me quiere, un poco, mucho, apasionadamente, locamente, naditita.

Más que por controlar la glucosa, proteger el hígado, favorecer la digestión, prevenir enfermedades cardiovasculares, ayudar a bajar de peso o combatir el estreñimiento, se comía la alcachofa como parte de un ritual sibarita, por el placer de saborear una a una sus hojas, lentamente, casi en una actitud japonesa: “Cuando como, como; cuando duermo, duermo”.

Parsimoniosamente, Poniatowska describe el “auto sacramental”. Habla de cada uno de los personajes como si fueran hojas de alcachofa.

Hélène Iturbe, la abuela materna de Poniatowska, aparece recurrentemente en los cuentos (*El inventario*, *Chocolate*, *El corazón de la alcachofa*). Siempre es tratada con amorosa delicadeza. Aquí representa a la matriarca, la que aglutina a la familia, la que conserva y transmite las tradiciones. Si Mamigrand acostumbraba comer alcachofas una vez por semana, su hija Paulette — cuando tomó el relevo— estableció la comida familiar de los jueves como un ritual, como una Navidad o un cumpleaños que se repetía cada semana. La Mamá Grande heredó a su descendencia no sólo su gusto por Goethe y Wagner, cuadros, muebles y porcelanas, también el amor a los perros y el gusto por las prendas de vestir moradas.

La abuela está convencida de que “la única casa en el Distrito Federal de veinte millones de habitantes donde se sabe comer alcachofas es la nuestra”. A su yerno lo enseñó a comerlas en

cuanto emparentaron. A los nietos los “domesticó” a muy temprana edad. A Otilia, la cocinera, debió explicarle que las alcachofas no se cuecen en cazuelas de aluminio porque se ponen negras. Tampoco le enseñó a preparar recetas complicadas como la del pastel de pascua a base de alcachofas, ni siquiera alcachofas con bacalao, al gratín o al horno; vamos, ni en ensalada. Le habrá explicado cómo hacer la vinagreta y la salsa muselina.

A su modo, cada uno degusta su alcachofa. Pero hay de modos a modos. El papá acomoda las hojas ordenadamente, como si fueran expedientes. Una de las hermanas las deja tiradas como jergas en el plato: no merece el manjar; otra, habla y habla hasta por los codos, manotea y le resulta exasperante a la protagonista-narradora, quien deja caer las hojas como si fueran los pétalos de una flor. La mamá se distrae, fuma en la mesa, toma vino que arruina el delicado sabor del manjar. Manuelito, el menor de todos, pide a la abuela que le regale una hoja más. Su voz recuerda la del personaje de *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, cuando le pide al aviador que le dibuje un borrego.

Un día el papá rompe el encanto a la hora de la comida, mientras todos deshojan su alcachofa. A raíz de eso, la familia se desintegra, pese a todo no renuncia al placer de las alcachofas. Sin embargo, ya nada vuelve a ser igual.

La protagonista recuerda a un hombre que hizo cantar su vientre, que llenó de luz sus amaneceres y que, al igual que el padre, un día anunció el final de la relación. Para “consolarla”, le dijo que en el trabajo todos se refieren a ella como Corazón de Alcachofa. La expresión es de lo más francesa y transparente: quien tiene un corazón de alcachofa reparte sus hojas fácilmente. Se enamora, se ilusiona, entrega su corazón. Como el rebocito que donde quiera se atora...

Y si algo se le agradece a Elena Poniatowska Amor es, precisamente, poner el corazón en todo lo que hace. Cual alcachofa entregarnos sus hojas convertidas en páginas de periódicos, de

libros. Desde su primera entrevista, allá por 1953, a la fecha no ha parado. Ha entrevistado a todo México, desde los personajes más célebres del siglo xx y xxi hasta los que parecieran anónimos, incluso anodinos, y a quienes ella escucha y hace retumbar su voz.

Cómo no mencionar *Fuerte es el silencio*; *Querido Diego, te abraza Quiela*; *Gaby Brimmer*; *El último guajolote*; *La “Flor de lis”*; *Tinísima*; *Juan Soriano, niño de mil años*; *La herida de Paulina, crónica del embarazo de una niña violada*; *La piel del cielo*; *El tren pasa primero*; *Leonora*; *El universo o nada*; *El niño estrellero*; pero también *Mariana Yampolsky y la buganvillia*, *Boda en Chimalistac*, *Jardín de Francia*, *Rondas de la niña mala*, *La vendedora de nubes*, *Dos veces única* o *El amante polaco*. Son más de cuarenta títulos, cuarenta libros, cuarenta ventanas que se abren hacia nosotros y por las que nos asomamos al mundo.

Si juntáramos tantos personajes creados por Elena, recreados por Elenísima y entrevistados por La Poni, podríamos llenar y atiborrar ese tren que empezó a circular en la Línea Dorada del STC Metro, de Ciudad de México, el 19 de junio del 2012, con el nombre de la periodista y escritora al frente, como faro alumbrando la vía y el camino, como mascarón de proa de barco.

Tanto se ha dedicado Elena a la escritura que cuando uno de sus hijos era chiquito y le pidieron que dibujara un retrato de su mamá la representó como una mesa con una máquina de escribir encima. A ella le dio culpa. Él está orgulloso de ella.

Cada premio otorgado ha sido recibido con sorpresa y gratitud. Poniatowska nunca se imaginó que le darían el Rómulo Gallegos, el Cervantes —que equivale al Nobel de literatura en lengua hispana—, la Medalla Bellas Artes o, muy recientemente, la Belisario Domínguez, y que las universidades se sentirían honradas de entregarle *honoris causa*. Ella sigue trabajando con la misma pasión de hace setenta años, desde hace setenta años, aunque el ritmo ha cambiado. Ya no son siete entrevistas a la semana, sino una, una cada domingo.

La colección Mujeres. Razón y Porvenir nos invita a asomarnos a la obra literaria y testimonial de una de las mujeres, de una de las escritoras más importantes del siglo xx: Elena Poniatowska Amor. Nos invita a asomarnos a sus miradas, a su capacidad de oír la música de las palabras, a las preguntas de una joven nonagenaria sin la que no podríamos entender a este México, florido y espinudo; nos invita a la ternura, a la ironía, a llamar las cosas por su nombre, a no callar. Por esta razón el porvenir está en una mujer que ha venido a ofrecer su corazón. Los agradecidos somos nosotros.

BEATRIZ ZALCE

EL CORAZÓN
DE LA ALCACHOFA

A todos nos fascinan las alcachofas: comerlas es un acto sacramental. Las disfrutamos en silencio, primero las hojas grandes, las correosas, las verde-profundo que la revisten de una armadura de maguey; luego las medianas que se van ablandando a medida que uno se acerca al centro, se vuelven niñas, y finalmente las delgaditas, finas, que parecen pétalos de tan delicadas. Es muy difícil platicar cuando se llevan las hojas de alcachofa a la boca, chupándolas una por una, rascándoles despacito la ternura de su ternura con los dientes.

Llegar al centro es descubrir el tesoro, la pelusa blanca, delgadísima que protege el corazón ahuecado por la espera como un ánfora griega. No hay que darse prisa, el proceso es lento, las hojas se van arrancando en redondo, una por una, saboreándolas porque cada una es distinta a la anterior y la prisa puede hacer que se pierda ese arco iris de sabores, un verde de océano apagado, de alga marina a la que el sol le va borrando la vida.

La abuela nos hizo alcachoferos. A mi padre lo incluyó en esa costumbre cuando él y mi madre se casaron. Al principio papá, que las desconocía por completo, alegó que él no comía cardos. A nosotros, los nietos, nos domesticó a temprana edad. Una vez a la semana, a mediodía, empezamos la comida con alcachofas. Otilia las sirve muy bien escurridas en un gran platón, trae dos salseras, una con salsa muselina y otra con una simple vinagreta. En una ocasión le dieron a mi abuela la receta de una salsa que llevaba rajitas de pimiento rojo dulce, huevo duro cortado en trocitos, pimienta en grano, sal, aceite y vinagre, pero dijo que era

un poco vulgar, se perdía el aroma específico de la alcachofa. No volvimos a intentarlo. En alguna casa, a la abuela le sirvieron alcachofas con la salsa encima y entonces sí que los criticó: las alcachofas jamás se sirven cubiertas de salsa, imposible tocarlas sin ensuciarse los dedos. La experiencia más atroz fue en casa de los Palacio, ya que la abuela vio a Yolanda Palacios encajarle cuchillo y tenedor, destrozando su vestido de hojas, perforarla desde lo alto y apuñalar el corazón al que dejó hecho trizas. Quedó claro que no sabía comerlas. La pobre intuía que había que llegar a algo, como sucede con los erizos y, a machetazo limpio, escogió el camino de la destrucción. La abuela presencié la masacre con espanto y jamás volvió a aceptarles una invitación. Los Palacio perdieron hasta el apellido. Ahora son “los que no saben comer alcachofas”.

Las alcachofas, a veces, son plantas antediluvianas, pequeños seres prehistóricos. En otras ocasiones, bailan en el plato, su corazón danza en medio de múltiples enaguas como las mazahuas que llaman vueludas a las suyas. En realidad, las plantas dan flor, pero las hojas se comen antes. La flor las endurece. La flor, final de su existencia, las mata. Al llegar al corazón hay que maniobrar con suma pericia, para no lastimarlo.

La abuela llegó a la conclusión de que la única casa en el Distrito Federal de veintidós millones de habitantes donde se sabe comer alcachofas es la nuestra.

El rito se inicia cuando colocamos nuestra cuchara bajo el plato. Así lo inclinamos y la salsa puede engolfarse en una sola cuenca para ir metiendo allí el borde de las hojas que chupamos con meticulosidad. Nos tardamos más de la cuenta; si hay visitas, su mirada inquisitiva nos observa. Al terminarlas tomamos agua:

—Después de comer una alcachofa, el agua es una delicia —sentencia la abuela.

Todos asentimos. El agua resbala por nuestra garganta, nos inicia en la sensualidad.

De mis hermanos, Estela es la más tardada. Es una mañosa, porque una vez comida la punta de cada hoja, la repasa hasta dejarlas hechas una verdadera lástima a un lado de su plato. Lacias, en la pura raíz, parecen jergas. Ella nunca pudo darle una hojita al hermano menor, Manuelito, porque nunca le quedó nada. Efrén es muy desesperado y es el primero en engullir el corazón verde casi de un bocado y en sopear un pedazo de pan en la vinagreta o la muselina hasta dejar limpio su plato. “Eso no se hace”, le ha dicho la abuela, pero como todos están tan afanados en deshojar sus corolas, la acción de Efrén pasa a segundo plano. Sandra habla tanto que se distrae y muchas veces sostiene la hoja a medio camino entre su mano y su boca y me irrita, casi me saca de quicio, porque la pobre hoja aguarda, suspendida en el aire, como una acróbata que pierde su columpio: el paladar de mi hermana. Me cae muy mal que ingiera como si las formas no importaran; creo, de veras, que Sandra no merece la alcachofa. Se la quitaría de mil amores, nos toca a una por cabeza, una grande, porque las que ponen en la paella, según mi abuela, ni son alcachofas.

Cada uno establece con su alcachofa una relación muy particular. Mi abuela, bien sentada, las piernas ligeramente separadas, la cabeza en alto, conduce la hoja en un funicular invisible del plato a la boca y luego la hace bajar derechito como piedra en pozo a su plato, le rinde un homenaje a Newton con sus movimientos precisos. La figura geométrica que traza en el aire se repite treinta veces porque hay alcachofas con ese número de hojas. Las come con respeto o con algo que no entiendo, porque al chupar la hoja cierra los ojos. Lleva constantemente la servilleta doblada a la comisura de sus labios por si se le hubiera adherido un poco de salsa. Come, el ceño fruncido, con la misma atención que ponía de niña en sus versiones latinas, porque de toda la familia es la única latinista. Y se ve bien con la alcachofa en mano, la proporción exacta, la hoja tiene el tamaño que armoniza con su figura.

En cambio, mi padre y la alcachofa desentonan. Mi padre es un gigantón de dos metros. Le brilla la frente, me gustaría limpiársela pero no lo alcanzo, su frente sigue robándole cámara a la penumbra del comedor. Acostumbra usar camisas a cuadros de colores. La alcachofa se extravía a medio camino sobre su pecho, ignoro si va en el verde o en el amarillo y nunca sé si la trae, porque su mano velluda la cubre por completo. La alcachofa necesita un tono neutro como el de mi abuela o un fondo blanco. Nunca podría mi padre ser el modelo de “Hombre comiendo alcachofa”, porque el pintor la extraviaría en el proceso.

Una vez rasuradas por sus dientes delanteros, papá archiva sus hojas, como expedientes en su oficina. Cada pila se mantiene en tan erguida perfección que envidia ese equilibrio, porque las mías caen como pétalos de rosa deshojada.

Mi madre es más casual. Las come entre risas. Fuma mucho, y dice la abuela que fumar daña no sólo el paladar sino las buenas maneras. Antes, mamá tomaba el vaso de agua para extasiarse como el resto de la familia. Quién sabe qué le dijo su psicoanalista, que ahora levanta su copa de vino tinto. La primera vez, la abuela la amonestó:

—Ese vino mata cualquier otro sabor.

Mamá hizo restallar un cerillo en la caja para encender su cigarro y la abuela tuvo que capitular.

Un mediodía, en plena ceremonia, papá fue el primero en terminar y nos anunció, solemne, su voz un tanto temblorosa encima de su pila de hojas de alcachofa:

—Tengo algo que comunicarles...

Como Sandra, hoja en el aire, no interrumpía su parloteo de guacamaya, repitió con voz todavía más opaca:

—Quisiera decirles que...

—¿Qué, papá, qué? —lo alentó Sandra señalándole con la misma hoja que le cedía la palabra.

—Voy a separarme de su madre.

En ese momento, Manuelito bajó de su silla y se acercó a él:

—¿Me das una hojita?

—Ya no tengo, hijo.

Mamá miraba el corazón de su alcachofa y la abuela también había atornillado los ojos en su plato.

—Su madre ya lo sabe...

—Lo que no me esperaba, Julián, es que soltaras la noticia en la mesa ahora que comemos alcachofas.

—No creo que sea el momento —murmuró la abuela y se llevó el vaso de agua a los labios.

—Los niños no han llegado al corazón de la alcachofa —reprochó mamá de nuevo.

Sé que mamá y papá se amaron. Lo descubrí un día en que mamá distraída no me respondía. A los niños no se les hace tanto caso. Le hablaba en francés y no oía; en español, menos. Leía una revista *Life* de los bombardeos de la guerra; iglesias, casas destrozadas, tanques, soldados corriendo entre árboles, soldados arrastrándose en la tierra, los zapatos cubiertos de sangre y lodo, un cráter hondo de seis metros hecho por una bomba, pobrecita tierra. Mamá parecía un buzo metida hasta adentro del agujero negro. Buscaba con una intensidad angustiada, y entonces comprendí que buscaba a mi padre. Y que lo amaba con desesperación.

* * *

Mi padre se casó al día siguiente de que se fue o casi; años después murió la abuela y su ausencia nos lastimó a todos. Intuyo que murió triste. Aunque era muy pudorosa, mi abuela siempre andaba desnudando su corazón. Mamá tiene un curioso padecimiento en el que está implicado el hígado y la curo con medicinas que contienen extracto de alcachofa. Sigue fumando como chimenea, y en la noche vació los ceniceros en una maceta del

patio; dicen que las cenizas son buenas para la naturaleza, la renuevan. A ella, desde luego no la han rejuvenecido.

Contrariamente a lo que pudiera pensarse, mamá y yo no hemos proscrito las alcachofas de nuestra dieta, aunque mamá alega que la vida la ha despojado de todas sus hojas y le ha dejado el corazón al descubierto. Chupar la hoja sigue siendo para mí una exploración y la expectativa es la misma. ¿Será grande el corazón de la alcachofa? ¿Se conservará fresco y jugoso? La finalidad de mis pesquisas es llegar al sitio de donde partieron todas mis esperanzas, el corazón de la alcachofa que voy cercando lentamente a vuelta y vuelta. Amé mucho a un hombre y creo que fui feliz porque todavía lo amo. Después amé a otros pero nunca como a él, nunca mi vientre cantó como a su lado. En realidad, amé a los siguientes por lo que en ellos podría hallar de él. A ratitos.

Mi piel ardía al lado de la suya en el café, en la cama, todos los poros se me abrían como las calles por las que caminábamos, él abrazándome; qué maravilla ese brazo sobre mis hombros, cuánta impaciencia en nuestro encuentro. La magnitud de mi deseo me dejaba temblando. Él me decía que ese amor no iba a repetirse jamás.

Una mañana, al primer rayo del sol, entre las sábanas revueltas se inclinó sobre mi cara aún abotagada por el sueño y la satisfacción y anunció quedito:

—Han pasado dos meses, mi mujer y mis hijos regresan de sus vacaciones.

Sentí que la recámara se oscurecía, que su negrura me caía encima. Él me abrazó.

—No te pongas así. Ambos sabíamos que no podía durar. Empecé a sollozar.

Entonces me habló de mi corazón de alcachofa, que todos en el trabajo comentaban que tenía yo corazón de alcachofa.

—También dicen que tomas las cosas demasiado en serio. No volvimos a vernos.

Otilia se fue y mamá y yo lo sentimos porque no hemos vuelto a tener tan buena cocinera. El peso de los ritos alcachoferos ha marcado los últimos años de nuestra vida. Las primeras hojas mojadas en la salsa muselina o en la vinagreta todavía son un placer, nos infunden valor, pero ya cuando vamos a media alcachofa, a media operación en común, mi madre y yo nos miramos, no me quita la vista de encima y yo se la sostengo años y años. Tiene la mirada del que no sabe para qué vive. Quiere decirme algo... algo herido pero yo no la dejé. Quizá nos hemos rodeado de hojas más altas que nosotras como las alcachofas, quizá va a asestarme la horrible certeza de haber equivocado la vida, mi única vida.

DE GAULLE EN MINERÍA

*Al capitán Jean E. Poniatowski, mi padre,
y a George Henson, notable traductor*

Las voces descienden como la lluvia de hojas que cayó en las Ardenas en una sola noche. Los árboles amanecieron desnudos y el Patitas cabizbajo musitó: “Ha empezado el invierno”. “Pero si aún no termina el otoño, Patitas”, protestó el capitán, y su ordenanza volvió a la carga: “La guerra lo tergiversa todo, cambia hasta las estaciones”. Ahora también las voces se desploman, yacen a ras de suelo, enredándose en los vestidos largos, las faldas corolas que barren la piedra con su peso y su amplitud, los pantalones negros tiesos por la falta de uso encima de los zapatos de charol que rechinan de nuevos. Las voces siguen el contorno de las mesas redondas cuyos manteles largos le dan familiaridad y gracia a este patio diseñado por Tresguerras que, sin ellas, se vería demasiado severo; las voces entran por la puerta principal de Tacuba y sólo se detienen ante la alfombra roja; son mil quinientos invitados.

Mil quinientos hombres avanzan con el agua hasta la cintura, su fusil recargado en su antebrazo, la luz está cediendo, cada vez se enfría más el agua en torno al cuerpo, habrá que detener la marcha, ordenar que caven sus loberas y se metan en ellas hasta el alba. El capitán mira al Patitas. Como es chaparrito, el agua le llega hasta las axilas y tiene que sostener su fusil en lo alto para que no se le moje, pero su rostro no da muestras de fatiga alguna, ni siquiera se tensa bajo el esfuerzo; al contrario, dice el Patitas que una de las ventajas de su pequeñez es que cava su lobera en un santiamén. Cuando los demás siguen paleando la tierra, él ya ha abierto su lata de Spam, tomado su café y está a punto de dormir dentro de su agujero negro hecho a la medida. “Para infiltrarse en

las líneas enemigas —piensa el capitán—, tengo que enviar a una patrulla en las primeras horas de la madrugada”.

“Yo creo que hasta esas horas va a durar la fiesta, porque miren, allá en el fondo instalaron una orquesta”, exclama Piti Saldivar, su rostro nimbado por su pelo rojo, y tres hombres de frac vuelven la vista hacia el punto señalado por su mano enguantada mientras en torno suyo se yerguen las columnas del Palacio de Minería, oscuras y grises, austeras, duras, a pesar de los arreglos florales azules, blancos y rojos, y la gran profusión de luces afilan sus aristas, prolongan la nobleza de sus líneas que detienen la galería superior por la cual se asoman otros invitados que en lo alto gozan del espectáculo. Dice Abel Quezada que todos los meseros de México han quedado sin traje, que los diputados desvalijaron las casas de alquiler y que hasta a los vestuarios teatrales fueron a buscar sus trajes de cola. Rafael Galván alquiló el del Conde Drácula y se ve rete chistoso; dos senadores de izquierda, mejor dicho, de oposición, después de comer cabrito en el Correo Español, fueron a buscar a Campdesuñer en la calle de Niza costara lo que costara —con esta recepción, el gran sastre ha hecho su agosto—, y le ordenaron un frac pues ya que iban a hacer el gasto mejor que les luciera, al fin y al cabo tendrían que volver a usarlo cuando casaran a su hija si es que la casaban porque la tonta no daba señas de para cuándo y este sexenio era el bueno, ¿verdad, compadre?, sí, señor, éste y no otro, porque en la política hay que ser precavido, las cosas pueden ponerse color de hormiga en el cambio de sexenio.

A De Gaulle lo han anunciado para las ocho treinta y es muy puntual, dicen que está encantado con México, que el recibimiento en el Zócalo fue más allá de todas las expectativas, la multitud lo ovacionó al verlo aparecer en el balcón presidencial y cuando dijo su discurso en español, la gente se puso a gritar de entusiasmo, de-gol, de-gol, de-gol, de-gol, ge-ne-ral, ge-ne-ral, ge-ne-ral, bueno, el delirio. Nunca a presidente extranjero alguno

se le hizo recepción igual; el pueblo entero quería estrecharle la mano; en la valla, unos señores trajeados coreaban: “Francia libre” y hacían ondear la bandera con la cruz de Lorena. De Gaulle se detuvo a besarlos en ambas mejillas uno por uno. “Son mis antiguos combatientes”, exclamó. Los guardaespaldas tuvieron muchísimo trabajo porque su jefe descendía a cada instante del carro descubierto y en los sitios más expuestos abrazaba niños, los levantaba en vilo y se dejaba envolver por oleadas de mexicanos que se agolpaban en torno a él. ¡Y bien que le habían recomendado que no lo hiciera, que no podían responsabilizarse de movimientos imprevistos!

Las decisiones se toman allá en lo alto —piensa el capitán— pero a los que matan es a los cabos. Es bueno que las órdenes vengan de arriba, del alto mando, que los soldados no externen sus juicios, además, la guerra deteriora su capacidad crítica. Los generales se encumbran y sus estrategias y operaciones militares provienen directamente del cielo; a la hora de tomar decisiones son los poseedores de la verdad absoluta, Dios los ha iluminado. Cuando tuvo que enviar a sus tropas y las de los aliados a Garigliano, el general Juin subió a la torre del castillo de bóveda ojival de Sessa Aurunca y rezó; pidió que lo dejaran solo para encomendarse a la Santísima Virgen y a su Hijo Bienamado antes de firmar la orden. Al día siguiente cientos de hombres saldrían al matadero: franceses, polacos, norteamericanos, ingleses, árabes, hindús, canadienses. En los campamentos, cuando los soldados ven el yip de su general sienten que Dios mismo los acompaña en esta nueva guerra santa y que, si mueren, los santificarán y serán héroes, su victoria es la victoria del espíritu, su muerte tiene sentido, es noble; los hombres del futuro les levantarán un monumento (al soldado desconocido). Contribuyen en los campos de batalla a forjar el destino del mundo, a liberarlo del MAL; su general es su buen pastor, capaz de guiarlos entre los abrojos. Por de pronto, quién sabe quién pueda sacarlos de

estas alambradas que cercan el campo minado por el cual tienen que pasar. ¡Es una orden! Estos hombres son mi responsabilidad directa y tienen más de cuatro meses en acción. Chapotean en el agua, lo único que han visto durante semanas es el lodo, la nieve y la montaña.

Las largas exposiciones al frío, al agua del río Rápido, causan tantas bajas como las heridas en el campo de batalla. Y yo sigo recibiendo: orden general de operaciones número 14, fecha 8 de enero de 1944, a las veinte horas; orden general de operaciones número 18, fecha 10 de enero de 1944, a las veintidós horas; orden general de operaciones número 26, fecha... De todos los frentes llegan órdenes *top secret* que tengo que descifrar, mensajes confidenciales que no puedo comunicar a mis hombres antes de despacharlos —puesto que soy su oficial de enlace— a las líneas de fuego, con la misión de localizar todas las posiciones alemanas.

“El casco es obligatorio”.

“Estipularon que la invitación era obligatoria. ¿No te la pidieron en la entrada?”. Guadalupe Rivera Marín recoge su vestido en torno a sus piernas. A María Félix le brillan los ojos, le brilla el pelo, le brilla un puma de diamantes sobre el hombro, sonríe como puma, el suyo es de Cartier, ojalá y mordiera, ojalá y alguien enloqueciera en esta cena ceremoniosa y un tanto provinciana. Es culpa de los meseros diputados que hacen que las cosas se parezcan al Casino Militar. La mesa de honor está en el segundo piso, se tocarán inmediatamente los dos himnos y luego vendrá el besamanos. “¡Qué gusto, hace tanto que no te veía!, la última vez estabas muy desmejorada, pero ahora luces radiante”; así el capitán irradia autoridad en medio de sus hombres; las balas pueden rozarlo, perforar la carrocería de su yip y él sigue diciéndole a su ordenanza Patitas: “*Allez, t’occupes pas, t’occupes pas*”, bajo el aire respunteado por el tableteo de las ametralladoras. “Tenemos que seguir la ofensiva”. A Patitas le gusta

ver al capitán, con su cigarro sin prender pegado a la punta de los labios, examinar un mapa y sacar otro, cotejarlo, tomar notas en una pequeña libreta de cuero Hermès, preguntar si sirve el radio que nunca funciona porque los alemanes cortan todas las comunicaciones y, cuando encienden el aparato, curiosamente se escucha, en medio de la nieve, música alemana o esas absurdas, exasperantes canciones tirolesas. El capitán entonces enciende su cigarro y entrecierra el ojo derecho para que no le moleste el humo porque jamás se saca el cigarro de la boca y allí se queda de pie verificando las operaciones de combate “*top secret (until departure for combat operation when this sheet becomes restricted)*” y apunta: Baie de Cavalaire, radar, aeropuerto, número de playas, nivel del agua, profundidad, objetos no identificados, vía férrea, pistas en el bosque, senderos, posición de los campos de tiro, número de armas, puentes; revisa una y otra vez, meticuloso, calcula kilómetros, hasta qué punto pueden avanzar sin demasiadas bajas. Escribe nerviosamente, el cinco lo hace como una r, y sólo Patitas comprende que está nervioso al ver su letra. Después se pone a caminar junto a su tanque o a la tienda de campaña como león enjaulado, sus dos manos, según su costumbre, dentro del cinturón, presionando su vientre y allí las mantiene un largo rato, a veces hasta tres horas. Entonces Patitas sabe que su capitán se dispone a dar una orden, que dentro de poco les dirá a todos que van a salir y el sargento Murphy correrá de lobera en lobera gritando “arriba los cuates, no hay tiempo que perder, ya llegaron las muchachas” o algún chiste parecido.

Top secret. Son las cuatro de la mañana, es la hora de nadié, estoy solo con mis hombres que aún no despiertan, Patitas ha abierto un ojo y finge no verme, pero sé que al menor movimiento saltará junto a mí adivinando mis pensamientos, sé que si no precipito las cosas, muy pronto tendré que enfrentarme a la mañana lechosa, al alba que revela los contornos, los evidencia. Si logramos inspeccionar el campo enemigo y regresar antes

de que amanezca, podré entregar un reporte sobre las posiciones de los “boches”, pero ese fulgor allá a lo lejos me intranquiliza, ilumina no sé cuántos kilómetros a la redonda, seguro están bombardeando; mañana encontraremos los caminos atascados de carretas de campesinos huyendo con sus enseres, todavía creen en la vida, pobres.

“¡Qué precioso! —dice Mimí Riba de Macedo—, y yo que no pensaba asistir; le dije a Pablo que viniera solo, porque ya no aguanto los embotellamientos del Centro y luego no hay un solo lugar dónde estacionarse; pero, qué bueno, me hubiera perdido este espectáculo”.

No hay un solo árbol en la falda de Monte Cassino; según los lugareños la primavera fue tardía y no tuvo tiempo de florecer porque a fines de septiembre empezó a soplar un viento frío que vació los árboles de hojas. Avanzo lentamente dentro del lodo, mi rifle entre los brazos como un hijo, hace un frío atroz pero claro, estamos en guerra; los árboles sin follaje se yerguen como dardos, la nieve está sucia; oigo el ruido de las botas de otros que caminan en el agua pero no vuelvo la cabeza. Un sargento, ha de ser Murphy, masculla: “*Get your fucking ass out of the way*” pero tampoco me vuelvo. Quizá sea Gregory Thomas el que camina allá adelante, pero no tengo fuerza para alcanzarlo. Los alemanes impidieron la entrada de los tanques al inundar el valle de Cassino. Bastó con que minaran un borde del río Rápido y se desbordó; la última vez, como les pareció insuficiente, volaron una presa al lado del campo de trigo; toda la cosecha se perdió; esto es un pantano, veo las pobres matitas flotar o ahogarse en el lodo.

Arriba de la montaña, absolutamente solitaria y ajena a todo, permanece la Abadía de Monte Cassino, negra dentro de la grisura de la mañana. Es enorme y arrogante y sus muros están agujereados por hileras de pequeñas ventanas que parecen troneras. Impide nuestro paso. De nuevo oigo la voz: “*Fuck you*” y luego “*Shit*”. Quisiera sonreír, pero el frío me golpea la cara. En su equipo de guerra los gringos no trajeron más que unas cuantas

palabras: “*Shit, fuck you, asshole, son of a bitch*”, y las repiten; yo también podría decir las obedeciendo a mi mitad americana pero me conformo con sonreír. En cierto modo, este lenguaje escatológico de colegiales en medio del pantano me levanta el ánimo. Los americanos han venido a desacralizar la guerra. ¡Cuánto frío en las piernas, cómo cala esta cochina agua de río! Por eso el lenguaje de los americanos, salpicado de mentadas de madre, exento de filosofías y de idealismos, resulta saludable. Obligan a bajar a la tierra, el frío es mierda, el lodo es mierda y el café que calentamos sobre una lamparita de alcohol protegiéndola con el casco también es mierda. El sargento Murphy grita entre las zanjas: “*Get moving, get your fucking ass out of there*” y mis hombres tienen que apagar la lamparita con los dedos, salir de la lobera a la que por fin se habían acostumbrado; por eso lo único válido son las malas palabras, su manera de decirlo todo sin el menor recato, su modo de contar hasta de qué manera fueron al *john* o sea cagaron. Leen en voz alta las cartas de su esposa, su noviecita, su mamá, comparten sus cigarros, los paquetes que les envían, de todo dan santo y seña, ríen como locos ante la perspectiva de robarse una botella de coñac que inmediatamente se les sube, estos gringos son absolutamente infantiles, hasta los del Alto Mando, ¿no fueron a ponerle “*Operación Mickey Mouse*” a una operación de combate? Reducen su vida y su muerte a un ratón cuya cola sale fuera de sus pantalones. No tienen el menor respeto por la jerarquía —y nosotros los europeos que tanto la cultivamos—, lo saben todo, se lanzan cada uno por su lado y regresan llorando gruesas lágrimas de niño, con verdaderos mocos verdes de niño, un brazo de menos o la pierna volada porque se les olvidó que era terreno minado.

¡Oh Dios! Cada hora que pasa siento esta agua más fría, seguramente la recorren corrientes gélidas subterráneas. Son las peores. Los nazis atrincherados se han de reír a carcajadas al ver que nos arrastramos como animales; qué confortables y qué

calientes deben estar allá arriba apuntándonos, cazándonos como moscas. Otra vez la ráfaga de ametralladora, otra vez el silencio. “Son intermitentes”, diría el sargento Murphy tan preciso en sus reportes. También oigo silbar las balas encima de nuestras cabezas; felizmente pasan demasiado alto, nos encontramos bajo fuego y a descubierto, zumban las balas y las groserías que mascullan los gringos que corren junto a mí, ah qué gringos estos, “shit, shit, shit”, luego se hace un espantoso silencio. La orden es llegar al río y cruzarlo, armar pasarelas y echarlas encima del agua bajo el fuego. ¡Fácil! Ahora sí que “bullshit”, les embarro su mierda de toro en la cara, este lodazal sembrado de minas va a hacernos volar a todos apenas logremos acercarnos al Rápido. Si sólo nos tiraran desde lo alto tendríamos alguna posibilidad, pero tiran desde unos bancos verticales de un metro de alto sobre el nivel del agua. Pondría mi mano al fuego de que hay nazis tras de esos bancos de arena, aquí hay nazis dondequiera; hace semanas que se prepararon y no me sorprendería que en las celdas de los monjes hubiese un soldado apuntándonos porque los tiros vienen de la Abadía de Monte Cassino y también le tocan al pueblo de Cassino, pobre pueblo fregado tanto o más que nosotros.

Los primeros días vi campesinos, pero ahora sólo los ancianos permanecen en sus casas; nadie podrá sacarlos, sólo la muerte y quizá ni ella. También en los primeros días oía yo el cencerro de una vaca pero ahora ni los pájaros cantan; apostararía a que hay un nazi a treinta metros esperándome.

Las nubes que siempre presagian la tormenta barren la Abadía; es tan alta que las nubes oscurecen sus muros; parece entonces desafiarnos: a ver, suban, pendejos, a ver alcáncenme, soy la guardiana del camino a Roma, me cago en su pinche guerra.

Podría yo hasta contar las nubes que pasan frente a sus muros pero no estoy de humor.

“No le hubieran puesto nubes a los ramos de centro de mesa —dice Lorenza Romandía—, porque al rato las nubes

huelen muy feo. ¿Por qué mejor no lirios, azucenas? La azucena es emblema de Francia: *le lis, ma chère*; qué buen detalle, pero a nosotros los mexicanitos no se nos prende el foco". "Pero si todo está ideal, ideal, ideal —repite entre sonrisas Bebesa Martínez del Río de Corcuera, envuelta en una gran capa de satín rojo parecida a la que llevaba en *Luciferina*, la noche en que enamoró a Archibaldo Burns—, estos centros de mesa son lindos: pinceles, nubes, clavetes, mira, recuerdan a la bandera de Francia, yo también estoy de rojo". "Obvious, my dear", ríe Lorenza sobre quien se precipitan tres pingüinos tropicales.

Top secret: ¿De qué sirve una fuerza aérea si el tiempo no permite que los aviones despeguen? ¿De qué sirven los tanques si no pueden avanzar dentro del agua? Aquí estamos al borde del Rápido bajo fuego abierto: la mayoría de nuestras barcas han sido hundidas en el momento de hacerse al agua, otras se fueron girando corriente abajo, las más se voltearon mientras los hombres intentaban abordarlas. De las pasarelas que llevábamos, una salió defectuosa, otra fue destruida por las minas y el enemigo tiró las otras dos ríos abajo. El sargento Murphy y sus hombres lograron ensamblar un puente que duró lo suficiente para que pasaran dos compañías, pero los que atravesamos ahora estamos incomunicados; muchas de nuestras tropas quedaron del otro lado, de espaldas a los alemanes que nos ametrallan, frente al río que no podemos volver a cruzar. Los nazis barren con nosotros, con la luz del día su campo visual se ha ampliado y así como localizaron nuestros puentes, así nos borran del mapa. Cada vez que disparan cae un hombre. Hace cuatro días que no sé nada de Gregory Thomas. A Henry Hyde nunca va a pasarle nada, de eso estoy seguro. Mis hombres, o lo que queda de ellos, se refugiaron en la falda de la montaña, cualquier cueva es buena, cualquier roca. Ahí se guarecen con sus municiones, las que pudieron rescatar. No queda más que esperar la noche y, cuando podamos, intentar subir, si todavía estamos con vida. No hay un solo cable

de luz o de teléfono, lo único que puede ayudarnos es la neblina porque nadie vendrá a nado a rescatarnos, nunca debimos atacar la montaña en su flanco derecho, la única posibilidad era la izquierda, lo vi claro, muy claro, pero...

“Te apuesto a que va a haber crepas con huitlacoche, es el plato fuerte de Mayita, y además, es de temporada. O sopa de hongos, o crema de aguacate o de piñones, folclórico, folclórico, para que el general pregunte: ‘*Qu’est-ce que c’est que cela?*’ *Ça mon Général, c’est du poulet au chocolat*. ¡Cuánto te apuesto!”. “¡Ay, no te hagas!, ni modo que den *quiche lorraine*, si ésa la come en su comedor frente a Yvonne”. “Los menús yacen sobre cada mesa, así que es fácil enterarse de lo que vamos a comer, lo que sí puedo garantizarte es que el champagne correrá a pasto, como dice el Duque de Otranto. Después vamos a ir en grupo al Bamer, Xavier Barbosa, James Ross, Ginny Landa, Maruca Palomino, Norma la Güera, los Souza, los Martín del Campo, los Corcuera, todo un grupo, ¿no quieres venir? Vamos a reponernos de esta solemnidad. Sí, sí, va a ser cosa de las cuatro de la mañana, si quieres te invito a desayunar a la casa, soy una experta, hago unos huevos revueltos deliciosos; ni creas que despierto a los criados, yo soy la que me meto a la cocina...”

—Mira, allá va mi sartén.

—¿Cómo que tu sartén?

—Sí, en ese Spitfire va mi sartén y seguramente mi olla para hervir papas.

Las inglesas levantaban los ojos durante la batalla de Inglaterra y sonreían a sus pilotos caballeros andantes del Santo Grial que llevaban su pañuelo de amor sobre el pecho o una bufanda blanca en torno a su cuello, un talismán. Las inglesas entregaron toda su batería de cocina de aluminio para la fabricación de los Spitfire y de los Hurricane. “*Speed is vital*”, “*Keep them both flying*”, rezaban los carteles que, además de aviones, mandó hacer lord Beaverbrook. Los ingleses tenían ochocientos aparatos que enfrentaron a los

dos mil seiscientos aviones de caza de todo tipo de la Luftwaffe. Y acabaron con ella. “Churchill —dijo De Gaulle— es un talento político superior”.

Me viene un cansancio animal, ahora sí, apenas puedo poner un pie delante del otro, no avanzo, me pesan demasiado las piernas y se niegan a dar el paso. Lo mismo sucede con mi espalda, son las alambradas las que se han enrollado en torno a mi columna vertebral, en torno a mi cuerpo agujereándolo, siento dos puñetazos, mis dos riñones y esos dos golpes se repiten en los omóplatos, retumban, percibo cada uno de mis huesos, con qué estará conectado mi cuerpo, Dios mío, que me dejen aquí, alguien me jala: “*Get going, buddy, keep on walking*”, vaya alguien que habla un inglés normal, voy a soltar el rifle, hace horas que dejé caer la mochila, ya no siento el rostro, Dios, cómo se me encajaba la mochila en la espalda y ahora que la tiré, ningún alivio o nunca llegué a tirarla. Sigo sintiendo esos dos golpes a la altura de los brazos, la quijada me dolió durante horas de tanto apretarla, creo que ahora se me han caído los dientes con la mochila, dientes de piedra en la boca, ahora ya ni los siento, no me siento ni a mí mismo, creo que la nieve me congeló y los alemanes cazándonos desde sus madrigueras, yo debería correr como corrí hace un rato rumbo al río a campo traviesa, sin importarme el fuego, pero ahora alguien me está remolcando, me ha agarrado de la cintura, su mano en mi cinturón, me jala y habla de mi culo, que mueva mi culo apestoso, que saque del camino mi culo estorboso, que si quiero darles el culo a los “*krauts*”, gringos hijos de su mal dormir, a éste le van a dar un tiro por gritón, ya le dieron, no a él no, a mí, a mí me han dado y es lo primero caliente que siento en todo el día, esa sangre mía que escurre como un buen caldo por mi pierna, me han dado, sí, ahora podré dejarme caer, nadie lo impedirá, ningún gringo tiene derecho a gritar que mueva mi culo y que la mierda, ahora sí a descansar, a dormir...

“¿Qué De Gaulle es aficionado a la sopa, como todos los franceses?”. “No lo creo. Su única devoción es a Francia, mejor dicho, a la gloria de Francia. Dicen que no tiene vida personal; su mujer siempre está sola pero, a diferencia de las mexicanas, jamás se queja. Y tampoco habla de niños y nanas como diría Ira Furstenberg de Hohenlohe”. “Oye, si a Ira nadie le pidió que viniera, y si no le gusta México, que se vaya”. “¡Mira cómo se asoma Wanda Sevilla por el barandal para ver si llega Pedro Friedeberg, mira qué loca, se va a caer! ¡Qué loca, pero qué guapa!”.

Un avión cayó en picada y a pesar del incendio, el capitán dio órdenes de arrancar. Patitas siguió con el *yip*, el capitán había decidido viajar al lado de sus hombres. Levantarse a las cuatro de la mañana y subirse amodorrados al camión para salir de expedición une a los hombres. El capitán los ve recargarse los unos en los otros para prolongar el sueño, los pelos parados, las camisas arrugadas, los mira encoger las piernas para volver a la posición fetal, todavía no, mamá, déjame un rato más, mamá, tengo sueño, aún es demasiado temprano para hacerle frente a la realidad, es la guerra, está nevando, hace frío, el camión huele mal, todavía no tenemos la energía suficiente para aguantar el aliento del sargento Murphy, cuya boca siempre huele a caño.

¡Cuánto daría el capitán por ofrecerles un buen café pero sólo puede pasarles la tableta D, ese chocolate empalagoso y vitaminado que muchos llaman Hitler porque sabe horrible! Cuando el camión arranca, caen los unos encima de los otros, hombros contra cabezas, codo con codo, ¿qué pasó mamá? Se tallan los ojos, las ojeras negras, ¿qué pasó?, ¿dónde estoy? Pobres diablos, están muertos, piensa el capitán, ni un “*blietzkrieg*” los haría reaccionar. El camión se estremece, tiemblan sus láminas, su piso, su techo y los tripulantes siguen durmiendo a pesar del frío terrible. Entonces, el capitán Jean E. Poniatowski decide: “Voy a enviar un comunicado, mis hombres tienen que descansar, ya nada les importa, deben reponerse, en sueños llaman a su madre, son

hombres, carajo, es imposible tratarlos como a reses, carajo, carajo, carajo”.

“Deberían limitar las invitaciones. Dime nada más ¿qué diablos importa la presencia del embajador de El Salvador?”. “Y qué, que se sienta”. “¿Tú crees que los franceses saben siquiera dónde está San Salvador? Todos estos paisitos chiquitos son una lata, deberían agruparse en un gran país: Uruguay, Paraguay, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, y luego que América Latina siguiera de Perú para abajo”. “Bueno, yo casi metería a Perú y a Chile en la misma bolsa. Están hundidos, no tienen salvación, son los condenados de la tierra, ni un petate en qué caerse muertos, pero eso sí, ¡mucho representación diplomática!”. “Y mírala nada más, mira qué cursi la embajadora con su crepé y su vestido ceñido, mejor no miro, porque se me va a notar la rabia”.

De pronto, una ráfaga de ametralladora rompió el silencio. Seguí caminando con René a mi lado, luego pensé que era una imprudencia y le grité:

—Tírate.

Él no se tiró, cayó.

—Me dieron —me dijo y repitió con voz más débil—, me dieron.

Me acuclillé a su lado y lo recargué entre mis brazos, su cabeza contra mi pecho. Metí la mano en su camisa, la herida era un boquete; le tomé el pulso, él no decía ya nada, su corazón latía cada vez más débil y así, en un segundo, dejó de latir. Aullé:

—¡Un médico!

Después de un siglo se acercó un socorrista en medio del silencio, porque ya no se oía una sola ráfaga de ametralladora, parecía haber huido satisfecha de su hazaña. El socorrista le tomó también el pulso, y simplemente le quitó a René su pulsera de identidad.

Entonces a mí me entró una cólera violenta, profunda. Me eché a andar tras del socorrista que muy pronto se internó entre los árboles y, en el momento en que iba a alcanzarlo, se avivaron

las ametralladoras. Levantaban pequeños copos en la nieve, un polvo blanco navideño, y pensé: sí, es cierto, debemos estar cerca de Navidad, o pasó o está por pasar, y dentro de mí flotó la canción de Irving Berlin que no me gustaba especialmente, pero que los soldados tarareaban mucho: “*I’m dreaming of a White Christmas just like...*”. Y yo también empecé a cantar y antes de darme cuenta cabal de lo que hacía, estaba cantando a gritos.

“No sabes qué orquesta tan padre la del Jacarandas, es un francés el que canta *Douce France, La Seine, Danse avec moi, Que reste t’il de nos amours?*, André Toffel; yo no he ido pero fueron Gloria Gavito y Florencio y dijeron que la pasaron a todo dar con Jaime Saldívar, con Quique, Diego y Genia, Norma la Negra y Alejandro, Kitzia y Pablo, Mickey Martínez del Río y Cocó, Norma la Güera y Diego, Marita Martínez del Río y Joaquín. Chapetes los alcanzó después, sólo que el whisky es muy malo, no se miden, veneno puro, Florencio por poco y se muere. Pero vamos con Magda Pedrero y Gerardo y la Cuija; está divina la Cuija; no sabes, como nunca de guapa. ¿No vas a ir al Aztlán a la fiesta de May Limantour el lunes? Oye y aquí, ¿no va a haber variedad?”. “¿Qué más variedad que De Gaulle?”. “En las recepciones oficiales nunca hay show”. “Óyeme, no, chiquita, te equivocas, yo he ido a varias y siempre sale Lola Beltrán, el rey de España la pide, así es de que sí. Además, parece que iban a soltar palomas desde arriba a la hora de los postres, pero se arrepintieron porque... Lástima, lástima, se hubieran visto bonitas las palomas revoloteando encima de las mesas...”.

Una noche los paracaidistas saltaron en la oscuridad del cielo; primero pasaron los aviones, luego los vi a ellos como grandes flores blancas y lentas; de ser más, hubieran podido cubrir una parte del cielo, pero eran menos de los que yo esperaba, siempre fueron menos; me habían dicho que mandarían a un destacamento y apenas si logré reunir a quince hombres y, sin embargo, en un momento dado estos quince taparon el cielo

con las grandes corolas blancas de sus paracaídas. Apenas tocaron tierra, soltaron las amarras para recoger el paracaídas, pero el viento los dispersaba, un viento helado que los alejaba cuando yo había calculado reunirlos en quince minutos. Después, al ver su torpeza me di cuenta que era la primera vez que se tiraban: “¡Qué bárbaros, qué manera de hacer las cosas!”. Y ahora, ¿cómo voy a llevar a cabo la misión con este equipo? Cada vez que el avión pasaba, florecía la noche con los paracaídas, pétalos blancos flotantes vueltos sobre sí mismos que descendían despacio mientras yo me tragaba mi angustia. *Good God*, seguro los vieron los alemanes. ¿No creerán que son gigantescos copos de nieve, verdad? ¿Por qué no les tiran los alemanes? Será que no vale la pena, son demasiado pocos; estos aliados nunca mandan suficiente gente y ahora me van a salir con que no hay paracaidistas y yo ¿qué puedo hacer con este puñado de hombres temblorosos que hasta los alemanes desdeñan? Me miran como perros y aguardan mis órdenes o ¿qué diablos esperan? Como perros sí, sólo les falta mover la cola, los van a cazar en un segundo, apenas echen a correr, miren éste cómo se ha enredado en su paracaídas; milagro, jaló el cordón a tiempo; qué tipos, cómo voy a llevar a cabo la misión, cómo se atreven, y a eso le llaman guerrear, *shit*.

El capitán oyó un silbido y se aventó al suelo. La explosión sacudió la tierra y se vio envuelto en una nube de polvo. Al levantarse miró en torno suyo, puertas y ventanas del granero en el cual había citado a los paracaidistas estaban en el suelo. A varios kilómetros a la redonda, la neblina nocturna se iluminó en una gigantesca explosión de fuego, de fierro y de humo. Por un segundo se vieron los valles y las colinas; los pinos cubiertos de nieve tiritaron y dejaron caer sobre la tierra nubes de polvo blanco. Centenares de tanques estremecían el suelo al echarse a andar, percibió el ruido de sus motores y el de las cadenas mientras otras explosiones sordas de cañones pesados daban en el blanco. “¡En la madre!” —pensó—. “Sólo nos falta la *Luftwaffe*

con sus obuses. Atrás, atrás —los hombres miraban sin comprender—, tenemos que regresar a las líneas aliadas, lárguense, les digo, esto es una equivocación monstruosa, qué patrulla ni qué nada, qué infiltrarnos en las líneas enemigas si los enemigos están aquí en nuestras narices”. Uno de ellos corrió como alma que lleva el diablo y los demás fueron imitándolo, el capitán alcanzó a llegar a un puesto de mando y vio cómo varios oficiales escuchaban estupefactos el avance de los tanques y los carros-tanque cada vez más cercano a las trincheras aliadas. El redoble de los tiros acompañaba a las explosiones. “Es una celada de los alemanes. Hemos caído en su trampa. Ahora sí —pensó el capitán—, ahora sí me cae que acabaron con nosotros”. Automáticamente miró su reloj, eran las ocho treinta.

—Las ocho y media. ¡Qué gusto verlo, capitán —dice Jaime Torres Bodet—, y qué bien se ve! Para usted ha de ser un gran día, capitán, porque usted conoció de cerca al señor general De Gaulle; según entiendo, estuvo entre los primeros en irlo a alcanzar a África, peleó a su lado. Así es de que ésta es una espléndida oportunidad para saludarlo de nuevo. Lo felicito, es un hombre admirable, un visionario, un paradigma, uno de los grandes de nuestro siglo. ¡Cómo supo adelantarse a los acontecimientos! Comprendo su emoción y la comparto, capitán. Realmente, este gran viejo salvó a Francia, salvó su honor, recobró para ella la grandeza perdida. Señora, perdóneme, no la había visto; es por la emoción de saludar a su marido, siempre me conmueve su presencia y con mayor razón ahora, un héroe de guerra, mire nada más cuántas condecoraciones: las de dos ejércitos ¿verdad? El francés y el norteamericano. ¿Estuvo usted en el *Fifth Army* o en el *Seventh Army*, capitán? ¿Es su hijita? Pero cómo ha crecido. Estoy en la mesa del embajador de los Estados Unidos y aún no la he buscado, allí me espera Josefina mi mujer; me despido de ustedes porque no ha de tardar el general De Gaulle y como hay mucha gente, prefiero...”

En un momento dado, toda Europa estuvo cubierta de “krauts”. Thompson me contó que hizo prisioneros a unos que andaban patrullando, dos de ellos motociclistas y que tenían las mejillas hundidas, el rostro demacrado de tan flacos y que eran jovencísimos; allá los reclutan a los diecisiete años y con el estómago vacío. Allá sí saben lo que es disciplina, aquí el único oficial que la aplica es el propio Thompson. Ayer un hombre se le acercó con el rostro cubierto de sangre y él le gritó:

—¿Qué no le han dicho que deje a un lado el exhibicionismo? Límpiase, cabo.

El soldado se limpió la frente con su manga. De la ceja herida manó más sangre. Entonces aulló el oficial Thompson:

—Cabo, lárguese al puesto de socorro, ¿qué está esperando?

Ahora sí ha entrado De Gaulle, salva de aplausos, salva de guantes blancos; los cadetes lo precedieron y se formaron a un lado de la alfombra roja, tiesos, marciales, sin ver a nadie; López Mateos sonríe, Manuel Moreno Sánchez prolonga los vivas, Andrés Henestrosa le hace segunda. De Gaulle se adelanta sobre la alfombra, todas sus condecoraciones sobre la pechera izquierda de su frac, se ve mejor de kaki. Y las esposas: Yvonne, modesta, los ojos bajos, Eva y Ave peinadas de salón, López Mateos, el cabello de ondas envaselinadas, los ojos fijos en un punto; ahora sí los invitados se ponen en fila porque dentro de un momento subirán al besamanos; una oleada de solemnidad recorre Minería tras escuchar los dos himnos; los invitados se forman, las mujeres preceden a sus maridos y algunos ponen su mano conyugal sobre el hombro desnudo. Extrañamente, el patio del Palacio de Minería se ha vaciado para convertirse en este gusano que va subiendo por la escalera en riguroso orden, peldaño tras peldaño, ceremoniosamente. Las mesas son novias abandonadas con su ramo de colores, único manchón en su blancura; los pasos casi no se escuchan, sólo avanza el gusano, lento, lento, por la escalera, mujer, hombre, mujer, súbitamente cohibidos, conscientes

de la trascendencia del momento porque a medida que avanza guardan silencio.

—¿Te sientes bien? —pregunta Paulette, mi mujer—, te has puesto muy pálido. ¿No quieres que nos sentemos? Dejamos a la hija en la fila y la alcanzamos cuando esté más cerca”. “No, no, no es nada, estoy bien”. Pero no estoy bien. Me tiemblan las rodillas como nunca me temblaron en el campo de batalla. ¿Qué le diré cuando me acerque a él y pueda estrechar su mano? ¡Cuánto coraje le dio ver a los alemanes pisoteando la patria y qué rabia constatar el entreguismo del gobierno, el ejército derrotado de antemano, los ciudadanos azorados ante lo que veían: los soldados alemanes en las calles de París! De Gaulle hizo suyas las decisiones, claro era personalista, en la acción no quería más impronta que la suya, pero estaba dispuesto a afrontar solo el destino. Recuerdo sobre las carreteras del norte los lamentables convoyes de refugiados. De Gaulle vio a los numerosos militares desarmados por los “panzers” que a las primeras de cambio pusieron en desbandada a las escasas tropas francesas. Los alemanes entraron en Francia a la hora que les dio la gana, ni ellos mismos pensaron que fuera tan fácil, “la línea Maginot resultó ser de mantequilla”, dirían después. Los “stuka” bombardearon en picada y en una tarde acabaron con los tanques; los franceses no tenían nada con qué responder.

—De veras, ¿no quieres sentarte? Sigues muy blanco.

—No, no —se irrita el capitán.

—Sí, papi —tercia la hija—, no tienes buena cara. ¿Qué te cuesta sentarte un momento? Yo permanezco con la cola.

—No, no, es el calor, es la gente, es mucha gente.

—¡Patitas!

—Sí, mi capitán.

—No, no es nada.

Me dio por llamar al Patitas sólo para cerciorarme de su presencia y mirar un instante sus buenos ojos de hombre bueno, interrogantes siempre. Me di cuenta que estaba yo cansado

aquel día en que detrás de la barricada, cerca de los árboles, vi una sombra moverse; claramente vi el casco alemán, entonces me fui reptando, el fusil apoyado entre mis codos, las granadas en la cintura y se me hizo un blanco en la mente, tan blanco como la nieve sobre la cual me arrastraba. “¿Qué estoy haciendo? ¿A dónde voy?”. Tenía yo esos ataques amnésicos cada vez con más frecuencia, se me olvidaba dónde estaba (claro, nunca lo sabíamos bien a bien) quizá por hallarme bajo tensión. Allí tirado, a medio camino, recordé las palabras de Henry Hyde, una noche que tuvimos la suerte de dormir bajo techo y en literas: “Nos tratan como a gusanos; cuando no estamos en loberas cavadas bajo tierra, ¡y qué chingado trabajo cuesta cavarlas en esta tierra endurecida por la nieve!, reptamos sobre la tierra, arrastrándonos sobre nuestro estómago, nuestros huevos, para llegar quién sabe a dónde, a capturar a un enemigo que seguro se está cagando de miedo como nosotros, pero hay que seguirle, el culo al aire, porque si nos detenemos y damos la media vuelta los que nos dan en el culo son ellos, y con qué saña”. Seguí avanzando mecánicamente hacia la palizada, ya no se oía ruido alguno porque empezó a nevar y vi los copos, uno de ellos cayó sobre mi guante y pensé: “Parece una flor; es de azúcar o de sal, pequeña joya resplandeciente, me gustaría examinarte bajo un microscopio, pulir tus facetas, porque tienes facetas”. Lo vi espejear, miré sus fulgores y me dio una sensación de paz. Desde la infancia, me gustó abrir la puerta de mi casa y ver la nieve caída durante la noche, su manto de silencio y blancura.

—¡Qué enorme es esta cola y qué tardada!

—Es que el General ha de dialogar con todos.

—No, no es eso, es mucha gente. En todo caso, avanza tan despacio que es desesperante.

—Ni modo de apresurar el paso, no estamos en la guerra.

—No vayas a olvidar recordarle que comiste con él en Túnez —advierte mi mujer, y asiento con la cabeza, pero todo

lo que había preparado se me borró, no sé qué voy a decirle a la hora de tenerlo enfrente. En realidad donde comimos fue en Argel: Giraud, Catroux, Palewsky, Boislambert, Linares, Beaufre, d'Argenlieu. A mí apenas me estaba creciendo el pelo porque acababa de salir de la cárcel de Jaca, después de atravesar los Alpes. Para prepararnos y poder escalar la montaña salimos a entrenar por las calles de Pau y luego a Lourdes, las primeras veces resoplaba yo como dragón. El viernes 26 de noviembre de 1943, partiríamos del patio de arriba de la estación de Atocha. Madame Borderes, mi secretaria, cosió monedas dentro del forro a todo lo largo de mi saco; iba a necesitarlas para pasar a África, pero lo que más me pesaron fueron las latas; con razón, me dijo Hardouin, sólo a ti se te ocurre traer conservas de Fauchon, un poco de pan, queso, sólo eso, parece que no lees las instrucciones o si las lees las interpretas a tu manera; con ese bastimento no vas a poder y ese traje tampoco es el indicado, dijo mirando mi Príncipe de Gales, pero yo le expliqué que lo había hecho a propósito para despistar, no vas a poder, vas a tener que tirar todo eso, bueno ni modo, otro se beneficiará con mis provisiones, son muchos los que atraviesan los Alpes en este momento; óyeme qué zapatos, yo te hablé de suelas gruesas, sue-las-grue-sas y tú te me presentas con mocasines, yo no puedo garantizar que lleguemos salvos y sanos al otro lado, por ahora vamos a esperar la noche en un granero cerca de Pau para no alertar a la Gestapo; nuestro convoy saldrá a las tres de la mañana y si no lo logramos estaremos bajo el control de las autoridades españolas y de la policía.

Acabamos en Jaca; éramos miles entre extranjeros y presos comunes. Dormíamos en el suelo. A Hardouin no le picaban los piojos pero yo pasaba la noche sin dormir; me rasuraron la cabeza dos veces, qué digo, tres; la tercera unos días antes de que saliera de la cárcel. Hardouin asentaba: "Tienes sangre de piojos". Todos se quejaban y yo les dije: "Tontos, la sopa es muy buena". Todavía conservo mi cuchara de palo. En la mañana a la hora del

saludo a la bandera, en vez de gritar: “Viva Franco”, gritamos: “Viva Salop”, nos agarraron, me tocó limpiar las letrinas, tenía las manos metidas en la mierda hasta los codos, a ver, a ver, para que sigas haciéndote el gracioso. Salí una tarde; en la puerta me devolvieron mi traje y mi abrigo; no se dieron cuenta de las monedas en el forro y pude ir a Madrid y de ahí partir a África. Vinieron los meses de entrenamiento, el cuscús, el encuentro con los aliados, mis misiones secretas de enlace entre los dos ejércitos, mi ascenso a capitán; en los *Headquarters* de la *Seventh Army* me entregaban a gritos documentos *top secret* y bromeaban: “Beware of foxholes”, “Look out for the AA”, “Bring me back a French girl”, y entre tanto, advertían:

—Tienes que guardar estos papeles en permanencia sobre tu persona.

—¿Y si nos agarran?

—Te los comes, saben mejor que las raciones K. Oye, ¿qué tú no les vas a los Dodgers?

En Túnez, para entrenarnos, para hablar, simplemente para estar juntos, caminábamos mucho Taitinger y yo, y en una de esas vimos a un árabe acucillado que leía la buena ventura haciendo dibujos sobre la arena. Taitinger fue el primero en acercarse: “Usted va a tener un accidente”. Enmudeció. Le dije: “No te fijes, Totó, esos árabes de lo único que saben es de camellos y de sacar dinero”. Pero el árabe nos echó a perder la mañana; veníamos de comer y estábamos contentos. En los “Headquarters”, al ir por sus órdenes, Taitinger me dijo bruscamente:

—Vámonos despidiendo, mañana me van a matar.

—Córtala, Taitinger, tu chiste es pésimo.

Arrancó su *yip* sin volver la cabeza. Su certeza me heló. Patitas arrancó por su lado y vi que me miraba por el retrovisor.

Después fue el desembarco del 15 de agosto de 1944, las misiones en la región de Grignolles, el implantar a cuatro de mis hombres a más de 15 kilómetros de profundidad, el reconocimiento de

Orange, Bollène, Pierrelatte y Donzère para hacer un levantamiento de las posiciones enemigas. Luego vino mi citación a caballero de la Legión de Honor: “El 5 de septiembre, infiltrando a varios de sus agentes en Besançon y exponiéndose él mismo, el capitán logró determinar la naturaleza exacta y el valor de las fuerzas alemanas, localizar los centros de resistencia, permitiendo así, con pocas bajas, la liberación de la ciudad. El 14 de septiembre, al efectuar un nuevo reconocimiento personal y coordinando el trabajo de sus agentes en el este, sobre la línea Lure-Villersexel favoreció el avance de nuestras tropas al descubrir toda una zona ocupada por el enemigo. Brillante combatiente de 1939 a 1940, oficial de información que une, a un alto valor moral, capacidades técnicas incomparables, se distinguió siempre por un valor a toda prueba y un desprecio absoluto por el peligro. Al unirse a las fuerzas combatientes de África del Norte desde los primeros días, el capitán es para todos un bello ejemplo de valor y de modestia. Estas nominaciones y promociones le dan derecho a portar la Cruz de Guerra con palma. Firmado: De Gaulle”. ¿Lo recordaría De Gaulle? Era poco probable. Después de todo, fuimos tantos.

¿Por qué tantos invitados? Los mexicanos siempre somos excesivos, pero ya nos estamos acercando, unas quince personas y será nuestro turno, ¿verdad, capitán?

El capitán sonrió: “¡Qué euforia, me tiemblan los brazos, las manos, los antebrazos, me tiemblan la piel, siento que me tiembla el vientre y el bajo vientre, tengo adentro una incontenible alegría y no acierto a hacer nada con ella, quisiera comunicársela a alguien antes de que se me baje, pero sólo hablo conmigo mismo una y otra vez como molinillo y me desgasto y toda mi energía se me va en este recordar, en esta espuma de los días, en estas burbujas que estallan —de seguro tengo la frente cubierta de sudor—, en este no poder hacer nada, nada, nada más que hervir en mi propio jugo, dentro de la ebullición de mi sangre, de mis neuronas, pobre cabeza mía, pobre pellejo mío: ¡qué chingada

guerra que me tiene en ese estado!, pero si ya no estoy en guerra, hace años que pasó y me cuesta trabajo comprenderlo; creo que la guerra permanece como mi cantimplora y mi cuchara de palo en el buró, al lado de mi taza, nunca se acaba; todas las noches son los mismos sobresaltos, los mismos obuses que caen, los mismos muros que se desploman, y uno desnudo, gritando en medio de los escombros”.

Manuel Martínez Báez, de hermosa cabeza blanca, nariz aguileña, alto y distinguido, ha venido a formarse en la cola, Alfonso de Rozensweig se acerca a José Gallástegui (el bueno de Pepe, qué bien toca la guitarra, me gustaría volver a escucharlo), y le dice algo en voz baja. Éste, a su vez, camina hacia Joacho Bernal, el jefe de protocolo de Relaciones Exteriores que asiente con la cabeza. Viene hacia nosotros y se detiene junto a la fila. Oigo con toda claridad lo que dice porque se dirige a todos los que esperamos en la fila: “Lo siento mucho pero nos hemos salido del horario, tenemos que suspender el besamanos, el señor presidente de la República Mexicana y el señor presidente de la República Francesa van a sentarse a la mesa”. Mi mujer se vuelve a verme, pero me encamino hacia la mesa que nos han apartado, rápidamente, sin volver la cabeza; una muchacha de pelo rojo atraviesa riendo frente a mí, y al tropezarnos dice a pequeños gritos: “Pero ¡qué guapo está usted, qué gran gusto verlo, qué gusto mi querido capitán!”. Me introduzco de nuevo en mi lobera y pienso en mi fiel Patitas. ¿Dónde estará ahora?

ÍNDICE

Gracias, Elena, gracias Elenita, gracias Elenísima	5
EL CORAZÓN DE LA ALCACHOFA	21
DE GAULLE EN MINERÍA	31



De corazón, Elena, de Elena Poniatowska, se terminó de editar en julio de 2023, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos Cué.

Diagramación y formación: José Martínez Macedo. Diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas. Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández, Jessica Lizbeth Ruiz Gómez y la autora. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

Esta edición reúne dos cuentos de Elena Poniatowska: “De Gaulle en Minería” y “El corazón de la alcachofa”. Dos historias: la que se escribe con mayúscula y palpita en el pecho del capitán Poniatowski durante la Segunda Guerra Mundial, la que se enseña en las escuelas, pero parece borrarse en el Palacio de Minería de Ciudad de México, y la cotidiana, la que ocurre alrededor de la mesa familiar, la que se contará quizás en una sobremesa donde falte uno de los comensales o alguno se sienta de sobra.

Ambas se viven con la misma intensidad. Con la misma pasión que se defiende la patria, se conservan las tradiciones familiares.

La Premio “Cervantes” construye a cada uno de sus personajes, concedora de sus alturas y abismos. Con palabras sencillas, con palabras de todos los días, caleidoscópicas, convierte el relato en obra de arte. Lo ha hecho a través de crónicas y entrevistas, cuentos y novelas, siempre de corazón.